

cho, y no negligencia por no me poner en peligro. Quiérome hacer doliente; pero ¿qué aprovecha? Que no se apartarán de la demanda cuando sano (1). Pues si digo que fui allá y que les hice huir, pedirme han señas de quiénes eran, y cuántos iban, y en qué lugar los topé (2), qué vestidos llevaban: yo no las (3) sabré dar; hélo todo perdido. Pues

(1) Sawé.
(2) Tomé.
(3) Se las.

¿qué consejo tomaré que cumpla con mi seguridad y su demanda? Quiero enviar á llamar á Traso el cojo y sus compañeros, y decirles que, porque yo estoy ocupado esta noche en otro negocio, vayan á dar un repique de broquel á manera de llevada (1), para ojear unos garzones, que me fué encomendado; que todo esto es pasos seguros, y donde no conseguirá (2) ningún daño, mas de hacerlos huir y volverse á dormir.

(1) Levada.
(2) Conseguirán.

ACTO DECIMONONO.

ARGUMENTO.

Calisto yendo con Sosia y Tristán al huerto de Pleberio á visitar á Melibea, que lo estaba esperando, y con ella Lucrecia, cuenta Sosia lo que le aconteció con Areusa. Estando Calisto dentro del huerto con Melibea, vienen Traso y otros por mandado de Centurio á cumplir lo que habia prometido á Areusa y Elicia, á los cuales sale Sosia; y oyendo Calisto, desde el huerto donde está (1) con Melibea, el ruido que (2) traía, quiso salir fuera; la cual salida fué causa que sus dias fenesciesen (3), (porque los tales este don rescibiesen por galardón; y por esto han de saber desamar los amadores) (4).

SOSIA, TRISTAN, CALISTO, MELIBEA, LUCRECIA.

SOSIA.

Muy quedo, porque no seamos sentidos: desde aquí al huerto de Pleberio te contaré, hermano Tristán, lo que con Areusa me ha pasado hoy, que estoy el mas alegre hombre del mundo. Sabrás que ella por las buenas nuevas que de mí habia oído, estaba presa de mi amor (5), y enviéme á decir que la visitase; y dejando aparte otras razones de buen consejo que pasamos, mostró al presente ser tanto mía cuanto algun tiempo fué de Parmeno. Rogóme que la visitase siempre, que ella pensaba gozar de mi amor por tiempo; pero yo te juro, por el peligroso camino en que vamos, hermano, y así goce de mí, que estuve dos ó tres veces por me arremeter á ella, sino que me empachaba la vergüenza de verla tan hermosa y arreada, y á mí con una capa vieja ratonada. Echaba de sí en bulléndose (6) un olor de almizque... yo hedia al estiércol que llevaba dentro de los zapatos; tenia unas manos como la nieve, que cuando las sacaba de rato en rato de un guante, parecia que se derramaba azahar por casa (7). Así por esto, como porque tenia ella un poco que hacer, se quedó mi atrever para otro dia; y aun porque á la primera vista todas las cosas no son bien tratables, y cuanto mas se comunican, mejor se entienden en su participacion.

TRISTÁN.

Sosia amigo, otro seso mas maduro (8) y experimentado que no el mio era necesario para darte consejo en este negocio; pero lo que con mi tierna edad y mediano natural alcanzo, al presente te diré. Está muchacha (9) es marcada ramera, segun tú me dijiste: cuanto con ella te pasó has

(1) Estaba.
(2) Traían.
(3) Perciesen.
(4) Lo que se contiene dentro del paréntesis falta en muchas ediciones.
(5) De amor.
(6) En bullendo.
(7) La casa.
(8) Mas duro.
(9) Mujer.

de creer que no carece de engaño. Sus ofrescimientos fueron falsos, y no sé yo á qué fin, porque amarte por gentil hombre, cuántos mas terná ella desechados; si por rico, bien sabe que no tienes mas del polvo que se te pega del almohaza; si por hombre de linaje, ya sabrá que te llaman Sosia, y á tu padre llamaron Sosia, nacido y criado en una aldea, quebrando terrones con un arado, para lo cual eres tú mas dispuesto que para enamorado. Mira, Sosia, y acuérdate bien si te quería sacar algun punto del secreto deste camino que agora vamos, para con qué pudiese revolver á Calisto y á Pleberio, de envidia del placer de Melibea. Cata que la envidia es una incurable enfermedad donde asienta; huésped que fatiga la posada; en lugar de galardón, siempre se goza del mal ajeno. Pues si esto es así; ¿oh cómo te quiere aquella malvada hembra engañar con su alto nombre, del cual todas se armean! Con su vicio ponzoñoso queria condenar el ánima por cumplir su apetito. revolver tales cosas por contentar su dañada voluntad. ¿Oh rufianada mujer, y con qué blanco pan te daba zarzas! Quería vender su cuerpo á trueque de contienda. Oyeme, y si así presumes que es, ármale trato doble, cual yo te diré: que *quien engaña al engañador*, ya me entiendes; *ysí sabe mucho la raposa, mas el que la toma*. Contráminale sus malos pensamientos, escala sus ruindades, cuando mas segura la tengas, y cantarás después en tu establo: *uno piensa el bayo, y otro el que lo ensilla*.

SOSIA.

¿Oh Tristán, discreto mancebo (1)! Mucho mas has dicho que tu edad demanda; astuta sospecha has remontado, y creo que verdadera. Pero porque llegamos al huerto y nuestro amo se nos acerca, dejemos este cuento, que es largo, para otro dia.

CALISTO.

Poned, mozos, la escala y callad, que me parece que está hablando mi señora de dentro. Subiré encima de la pared, y en ella estaré escuchando, por ver si oyere (2) alguna buena señal de mi amor en ausencia.

(1) Mochacho.
(2) Oíre.

MELIBEA.
Canta mas, por mi vida, Lucrecia, que me huelgo en oírte, mientras viene aquel señor; y muy paso entre estas verduricas, que no nos oigan (1) los que pasaren.

LUCRECIA.

¿Oh quién fuese la hortelana (2)
De aquestas viciosas flores,
Por prender cada mañana
Al partir á tus amores!
Vistanse nuevas colores
Los lirios y el azucena;
Derramen frescos olores,
Cuando entre por estrena.

MELIBEA.

¿Oh cuán dulce me es oírte! De gozo me deshago: no ceses, por mi amor.

LUCRECIA.

Alegre es la fuente clara
A quien con gran sed la vea;
Mas muy mas dulce es la cara
De Calisto á Melibea.
Pues aunque mas noche sea,
Con su vista gozará.
¿Oh, cuando saltar le vea,
Qué de abrazos le dará!
Saltos de gozo infinitos
Da el lobo, viendo al ganado;
Con las tetas los cabritos;
Melibea con su amado.
Nunca fué mas deseado
Amador de la su amiga;
Ni huerto mas visitado,
Ni noche tan (3) sin fatiga.

MELIBEA.

Cuanto dices, amiga Lucrecia, se me representa delante; y todo me parece que lo veo con mis ojos. Procede, que á muy buen son lo dices, y ayudarte he (4).

LUCRECIA, MELIBEA.

Dulces árboles sombreros,
Humillaos cuando veais
Aquellos ojos graciosos
Del que tanto deseais.
Estrellas que relumbráis,
Norte y lucero del día,
¿Por qué no le despertais,
Si aun duerme mi alegría?

MELIBEA.

Oyeme, tú, por mi vida, que yo quiero cantar sola.

Papagayos,ruiseñores,
Que cantais al alborada,
Llevad nueva á mis amores,
Como espero aquí asentada.
La media noche es pasada,
Y no viene:
Sabadme si (5) otra amada
(6) Lo detiene.

CALISTO.

Vencido me tiene el dulzor de tu suave canto; no puedo mas sufrir tu penado esperar; ¿oh mi señora y mi bien todo! ¿Cuál mujer podia haber nascido, que desprivase tu gran merecimiento? ¿Oh salteada melodia! ¿Oh gozoso rato! ¿Oh corazón mio! ¿Y cómo no podiste mas tiempo sufrir sin interrromper por tu gozo y cumplir el deseo de entrambos?

MELIBEA.

¿Oh sabrosa traicion! ¿Oh dulce sobresalto! ¿Es mi señor y mi alma? ¿Es él? No lo puedo creer, ¿Dónde estabas, luciente sol? ¿Dónde me tenias tu claridad escondida? ¿Había rato que escuchabas? ¿Por qué me dejabas echar palabras sin seso al aire con mi ronca voz de cis-

(1) Oírán.
(2) Ortolana.
(3) Mas.
(4) Yo.
(5) Hay.
(6) Que lo.

ne? Todo se goza este huerto con tu venida. Mira la luna cuán clara se nos muestra (1); las nubes cómo huyen. Oye la corriente agua desta fontecica; ¿cuánto mas suave murmurio y ruido lleva por entre las frescas yerbas! Escucha los altos cipreses, ¿cómo se dan paz unos ramos con otros por intercesion de un templadico viento que los menea! Mira sus quietas sombras, ¿cuán oscuras están y aparejadas para encubrir nuestro deleite! Lucrecia, ¿qué sientes, amiga? ¿Tornaste loca de placer? Déjame, no me lo despedaces, ni le trabajes sus miembros con tus pesados brazos; déjame gozar (2) de lo que es mio, no me ocupes mi placer.

CALISTO.

Pues, mi señora (3) y gloria mia, si mi vida quieres, no cese tu suave canto, no sea de peor condicion mi presencia con que te alegras, que mi ausencia que te fatiga.

MELIBEA.

¿Qué quieres que cante, amor mio? ¿Cómo cantaré, que tu deseo era el que regia mi son y hacia sonar mi canto? Pues seguida (4) tu venida desapareció el deseo; destémplóse el (5) tono de mi voz. Y pues tú, señor, eres el dechado de cortesia y buena crianza, ¿cómo mandar (6) á mi lengua hablar, y no á tus manos que estén quedas? ¿Por qué no olvidas estas mañan? Mándalas estar sosegadas y dejar su enojoso uso y conversacion incomportable. Cata, ángel mio, que así como me es agradable tu vista sosegada, me es enojoso tu riguroso trato: tus honestas burlas me dan placer, tus deshonestas manos me fatigan cuando pasan de la razon. Deja estar mis ropas en su lugar, y si quieres ver si es el hábito de encima de seda, ó de paño, ¿para qué me tocas en la camisa? Pues cierto es de lienzo. Holguemos y burlemos de otros mil modos que yo te mostraré: no me destroces ni maltrates como sueles; ¿qué provecho te trae dañar mis vestiduras?

CALISTO.

Señora, el que quiere comer el ave, quitála (7) primero las plumas.

LUCRECIA.

Mala landre me mate, si mas los escucho. ¿Vida es esta? ¿Que me esté yo deshaciendo de dentera, y ella esquivándose por que la rueguen! Ya, ya, apaciguado es el ruido; no hubieron menester despartidores. Pero también me lo haria yo, si estos necios de sus criados me hablasen entre dia; pero esperar que los tengo de ir á buscar.

MELIBEA.

Señor mio, ¿quieres que mande á Lucrecia traer alguna colacion?

CALISTO.

No hay otra colacion para mí, sino tener tu cuerpo y belleza en mi poder. Comer y beber donde quiera se da por dinero: en cada tiempo se puede haber, y cualquiera lo puede alcanzar; pero lo no vendible, lo que en toda la tierra no hay igual que en este huerto, ¿cómo mandas que se me pase ningun momento que no goce?

LUCRECIA.

Ya me duele á mí la cabeza de escuchar, y no á ellos de hablar; ni los brazos de retozar, ni las bocas de besar. Andar; ya callan, á tres me parece que va la vencida.

CALISTO.

Jamás querria, señora, que amanesciese, segun la gloria y descanso que mi sentido rescibe de la noble conversacion de tus delicados miembros.

MELIBEA.

Señor, yo soy la que gozo, yo la que gano: tú, señor,

(1) Mira.
(2) Lo que.
(3) Pues, señora.
(4) Conseguida.
(5) Son de mi voz.
(6) Mandas.
(7) Quita.

el que me haces con tu visitacion incomparable merced.

SOSIA.

¡Así, bellacos, ruñanes, veníades á asombrar los que no os temen? Pues yo os juro que si esperades (1), que yo os hiciera ir como inerescíades.

CALISTO.

Señora, Sosia es aquel que da voces: déjame ir á verlo, no lo maten, que no está sino un pajecico con él. Dame presto mi capa, que está debajo de ti.

MELIBEA.

¡Oh triste de mi ventura! No vayas allá sin tus corazas: tórnate á armar.

CALISTO.

Señora, lo que no hace espada y capa y corazon, no lo hacen corazas y capacet y cobardía.

SOSIA.

¡Aun tornais? Esperad, quizá venis por lana, volvereis trasquilados.

CALISTO.

Déjame, por Dios, señora, que puesta está el (2) escala.

MELIBEA.

¡Oh desdichada yo! ¿Y cómo vas tan recio y con tanta priesa desarmado á meterte entre quien no conoces? Lucrecia, ven presto acá, que es ido Calisto á un ruido, echémosle sus corazas por la pared, que le (3) quedan acá.

TRISTÁN.

Tente, señor, no bajas: idos son; que no era sino Traso el cojo y otros bellacos que pasaban voceando, que ya se tornan (4). Tente, tente, señor, con las manos en la escala (5).

CALISTO.

¡Oh, válame santa María! Muerto soy, confesion.

TRISTÁN.

Llégate presto, Sosia, que el triste de nuestro amo es caído del escala, y no habla ni se bulle.

SOSIA.

Señor, señor. A esotra puerta: tan muerto es como mi abuelo. ¡Oh gran desventura!

LUCRECIA.

Escucha, escucha: ¡gran mal es este!

MELIBEA.

¿Qué es esto? ¿qué oigo? ¿amarga de mi vida (6)!

TRISTÁN.

¡Oh mi señor y mi bien muerto! (7) ¡Mi señor despe-

(1) Esperádrades.

(2) La.

(3) Se le.

(4) Se torna Sosia.

(5) Al escala.

(6) Amarga de mí.

(7) Oh mí.

ñado! ¡Oh triste muerte sin confesion! Coge, Sosia, esos sesos de esos cantos, júntalos con la cabeza del desdichado de nuestro amo. ¡Oh día aciago! ¡Oh arrebatado fin!

MELIBEA.

¡Oh desconsolada de mí! ¿Qué es esto? ¿Qué puede ser tan áspero acontecimiento como oigo? Ayúdame á subir, Lucrecia, por estas paredes, veré mi dolor; si no, hundiré con alaridos la casa de mis padres (1). Mi bien y placer todo es ido en humo; mi alegría es perdida; consumiósese mi gloria.

LUCRECIA.

Tristán, ¿qué dices, mi amor, qué (2) esto que lloras tan sin mesura?

TRISTÁN.

Lloro mi gran mal, lloro mis muchos dolores: cayó mi señor Calisto del escala, y es muerto; su cabeza está en tres partes; sin confesion peresció. Díselo á la triste y nueva amiga, que no espere mas su penado amador. Toma tú, Sosia, desos piés: llevemos el cuerpo de nuestro muy querido amo donde no padezca su honra detrimento, aunque sea muerto en este lugar. Vaya con nosotros llanto, acompañenos la soledad (3), síganos desconsuelo, vístanos tristeza, cúbranos luto y dolorosa jerga.

MELIBEA.

¡Oh la mas de las tristes triste! ¡Tan poco tiempo poseído el placer; tan presto venido el dolor!

LUCRECIA.

Señora, no rasques tu cara, ni meses tus cabellos. Agora en placer, agora en tristeza: ¿qué planeta hubo que tan presto contrarió su operacion? ¿Qué poco corazon es este? Levanta, por Dios, no seas hallada de tu padre en tan sospechoso lugar, que serás sentida. Señora, señora, ¿no me oyes? No te amortezcas, por Dios. Ten esfuerzo para sufrir la pena, pues tuviste osadía para el placer.

MELIBEA.

¿Oyes lo que aquellos mozos van hablando (4)? Muerta llevan mi alegría. No es tiempo de vivir. ¿Cómo no gocé mas del gozo? ¿Cómo tuve en tan poco la gloria que entre mis manos tuve? ¡Oh ingratos mortales! ¡Jamás conocéis vuestros bienes, sino cuando dellos careseis!

LUCRECIA.

Avíate, aviva, que mayor mengua será hallarte en el huerto, que placer sentiste con la venida, ni pena con ver que es muerto. Entremos en la cámara, acostarte has: llamaré á tu padre, y fingiremos otro mal; pues este no es para se poder encubrir.

(1) De mi padre.

(2) Es eso que.

(3) Soledad.

(4) ¿Oyes sus tristes cantares? Rezando llevan con responso mi bien todo: muerta llevan etc.

ACTO VIGESIMO.

ARGUMENTO.

Lucrecia llama á la puerta de la cámara de Pleberio. Pregúntale Pleberio lo que quiere. Lucrecia le da priesa que vaya á ver á su hija Melibea. Levantado Pleberio, va á la cámara de Melibea; consuélala preguntándole qué mal tiene. Finge Melibea dolor del corazon. Envía Melibea á su padre por algunos instrumentos músicos; suben ella y Lucrecia en una torre; envía de sí á Lucrecia; cierra tras sí la puerta. Llegase su padre al pié de la torre, descúbrelle Melibea todo el negocio que habia pasado; en fin, déjase caer de la torre abajo.

PLEBERIO, LUCRECIA, MELIBEA.

PLEBERIO.

¿Qué quieres, Lucrecia? ¿Qué quieres tan presurosa, y con tanta importunidad y poco sosiego? ¿Qué es lo que mi hija ha sentido? ¿Qué mal tan arrebatado puede ser que no haya yo tiempo de me vestir, ni me des aun espacio á me levantar?

LUCRECIA.

Señor, apresúrate mucho, si la quieres ver viva, que ni su mal congozo de fuerte, ni á ella ya de desfigurada.

PLEBERIO.

Vamos presto; anda allá; entra adelante; alza esa antepuerta, y abre bien esa ventana, porque le pueda ver el gesto con claridad. ¿Qué es esto, hija mia? ¿Qué dolor (1) es el tuyo? ¿Qué novedad es esta? ¿Qué poco esfuerzo es este? Mirame que soy tu padre; háblame, por Dios; dime la razon de tu dolor, porque pronto sea remediado; no quieras enviarme con triste postrimería al sepulcro. Ya sabes que no tengo otro bien sino á ti; abre esos alegres ojos, y mirame.

MELIBEA.

¡Ay dolor!

PLEBERIO.

¿Qué dolor puede ser, que iguale con ver yo el tuyo? Tu madre está sin seso en oír tu mal; no puede (2) venir á verte de turbada. Esfuerza (3), aviva tu corazon, arréciate de manera que puedas tú conmigo ir á visitar á ella. Dime, alma mia, la causa de tu sentimiento.

MELIBEA.

Peresció mi remedio.

PLEBERIO.

Hija mia, ¡bien amada y querida del viejo padre! por Dios, no te ponga desesperacion el cruel tormento desta tu enfermedad y pasion; que los (4) flacos corazones el dolor los arguye. Si (5) me cuentas tu mal, luego será remediado; que ni faltarán medicinas, ni médicos, ni sirvientes para buscar tu salud, agora consista en yerbas, ó en piedras, ó en palabras, ó esté secreta en cuerpo (6) de animales. Pues no me fatigues mas, no me atormentes, no me hagas salir de seso, y dime, ¿qué sientes?

MELIBEA.

Una mortal llaga en (7) el corazon, que no me consiente hablar. No es igual á los otros males; menester es sacarlo (8) para ser (9) curado, que está en lo mas secreto del.

(1) Y sentimiento.

(2) Pudo.

(3) Esfuerza tu fuerza.

(4) A los.

(5) Si tú.

(6) En cuerpos.

(7) En medio del corazon.

(8) Sacarla.

(9) Curada.

PLEBERIO.

Temprano cobraste los sentimientos de la vejez: la mocedad toda suele ser placer y alegría, y enemiga de enojo. Levántate de ahí; vamos á ver los frescos aires de la ribera, y alegrarte has: con tu madre descansará tu pena. Cata, si huyes del placer, (1) no hay cosa mas contraria á tu mal.

MELIBEA.

Vamos donde mandares: subamos, señor, á la azotea alta, porque desde allí goce de la deleitosa vista de los navios: por ventura alfojará algo mi congoja.

PLEBERIO.

Subamos, y Lucrecia con nosotros.

MELIBEA.

Mas si á tí place (2), padre mio, manda (3) traer algun instrumento de cuerdas con que sufra (4) mi dolor, ó tañendo ó cantando; de manera, que aunque aqueje por una parte la fuerza de su accidente, mitigarlo han por otra los dulces sonos y alegre armonía.

PLEBERIO.

Esso, hija mia, luego es hecho; yo lo voy á mandar apañar.

MELIBEA.

Lucrecia, amiga mia, muy alto es esto. Ya me pesa por dejar la compañía de mi padre: baja á él y dile que se pare al pié de la torre, que le quiero decir una palabra, que se me olvidó que hablase á mi madre.

LUCRECIA.

Ya voy, señora.

MELIBEA.

De todos soy dejada: bien se ha enderezado (5) la manera de mi morir: algun alivio siento en ver que tan presto seremos juntos yo y aquel mi querido y amado Calisto. Quiero cerrar la puerta, porque ninguno suba á me estorbar mi muerte, ó no me (6) impida la partida. No me atañen el camino, por el cual en breve tiempo podré visitar en este dia al que me visitó la pasada noche. Todo se ha hecho á mi voluntad: buen tiempo terné para contar á Pleberio mi señor la causa de mi ya acordado (7) fin; gran sinrazon hago á sus canas; gran ofensa á su vejez; gran fatiga le acarreo con mi falta; en gran soledad le dejo! Y caso que por mi morir á mis queridos padres sus dias se disminuyesen, ¿quién duda que no haya habido (8) otros mas crueles contra sus padres? Prusia (9), rey de

(1) Que.

(2) Placerá.

(3) Mandar.

(4) Se huya.

(5) Aderesado.

(6) No me.

(7) Acordado.

(8) Ha habido.

(9) Bursia.

Bitinia, sin ninguna razon, no aquejándole pena como á mí, mató á su propio padre; Ptolomeo, rey de Egipto, á su padre, y madre, y hermanos, y mujer, por gozar de una manceba; Orestes á su madre Clitemnestra; el cruel emperador Nero, á su madre Agripina por solo su placer (1) la hizo matar. Estos son dignos de culpa; estos son verdaderos parricidas, que no yo: que si doy pena con mi muerte, purgo la culpa que de su dolor me pueden poner. Otros muchos crueles hubo que mataron hijos y hermanos, debajo de cuyos yerros el mio no parece tan grande (2). Filipo, rey de Macedonia; Herodes, rey de Judea; Constantino, emperador de Roma; Laodice, reina de Capadocia; Medea, la nigromántica (3): todos estos mataron hijos queridos y amados sin ninguna razon, quedando sus personas á salvo. Finalmente, me ocurre aquella gran crueldad de Fraates, rey de los parthos, que porque no quedase sucesor después del mató á Orde, su viejo padre, y á su único hijo, y treinta hermanos suyos. Estos fueron delitos dignos de culpable culpa, que guardando sus personas de peligro, mataban sus mayores y descendientes y hermanos. Verdad es, que aunque todo esto así sea, no habia de imitarles en lo que mal hicieron; pero no es mas en mi mano, ni he fuerza para resistir. Tú, Señor, que de mi habla eres testigo, ves mi poco poder: ves; cuán captiva tengo mi libertad; cuán presos mis sentidos de tan poderoso amor del muerto caballero, que priva el que tengo con los vivos padres!

PLEBERIO.

Hija Melibea (4), ¿qué haces sola? ¿Qué es tu voluntad decirme? ¿Quieres que suba allá?

MELIBEA.

Padre mio, no pugnes ni trabajes por venir adonde yo estoy, que estorbarias la presente habla que te quiero hacer. Lastimado serás brevemente con la muerte de tu única hija: mi fin es llegado; llegado es mi descanso y tu pasión; llegado es mi alivio y tu pena; llegada es mi acompañada hora y tu tiempo de soledad. No habrás, honrado padre, menester instrumentos para aplacar mi dolor, sino campanas para sepultar mi cuerpo. Si me escuchas sin lágrimas, oírás la causa desesperada de mi forzanza y alegre partida: no la interrumpas con lloro ni palabras; sino, quedarás mas quejoso en no saber por qué me mato, que doloroso por verme muerta. Ninguna cosa me preguntes, ni respondas, mas que lo que de mi grado decirte quisiere; porque cuando el corazón está embargado de pasión, están cerrados los oídos al consejo, y en tal tiempo las fructuosas palabras, en lugar de amansar, acrescentan la saña. Oye, padre viejo, mis últimas palabras, y si como yo espero las rescibes, no culparás mi yerro. Bien ves y oyes este triste y doloroso sentimiento que toda la ciudad hace; bien oíste (5) este clamor de campana, este alarido de gentes, este aullido de canes, este estrépito de armas; de todo esto soy yo (6) causa. Yo cubrí de luto y jergas en este día casi la mayor parte de la ciudadana caballería; yo dejé muchos sirvientes descubiertos de señor; yo quité muchas raciones y limosnas á pobres y envergonzantes (7); yo fui ocasion que los muertos tuviesen compañía del mas acabado hombre que en gracias nació; yo quité á los vivos el dechado de gentileza, de invenciones galanas, de atavíos y bordaduras, de habla, de andar, de cortesía, de virtud; yo fui (8) causa

(1) Solo placer.

(2) Parecerá grande.

(3) Nigromantesa.

(4) Hija mia.

(5) Oyes.

(6) Fui yo.

(7) Pobres envergonzantes.

(8) Y fui.

que la tierra goce sin tiempo el mas noble cuerpo y mas fresca juventud, que al mundo era de (1) nuestra edad criada. Y porque estarás espantado con el sonido de (2) mis no acostumbrados delitos, te quiero mas aclarar el hecho. Muchos dias son pasados, padre mio, que penaba por amor de un caballero (3) que se llamaba Calisto, el cual tú bien conociste, asimismo á sus padres y claro linaje; sus virtudes y bondad á todos eran manifiestas. Era tanta su pena de amor, y tan poco el lugar para habjarme, que descubrió su pasión á una astuta y sagaz mujer, que llamaban Celestina; la cual, de su parte venida á mí, sacó mi secreto amor de mi pecho. Descubrí á ella (4) lo que á mi querida madre encubria; tuvo manera como ganó mi querer; ordenó cómo su deseo y el mio hubiese efecto. Si él mucho me amaba, no vivió engañado; concertó el triste concierto de la dulce y desdichada ejecución de su voluntad. Vencida de su amor, dile entrada en tu casa: quebrantó con escalas las paredes de tu huerto; quebrantó mi casto propósito; perdí mi virginidad. Del cual deleitoso yerro de amor gozamos casi un mes; y como esta pasada noche viniése, según era acostumbrado, á la vuelta de su venida, como de la fortuna mudable estuviere dispuesto y ordenado, según su desordenada costumbre, como las paredes eran altas, la noche oscura, la escala delgada, los sirvientes que traía no diestros en aquel género de servicio, y el bajaba presuroso á ver un ruido que con sus criados sonaba en la calle, con el gran impetu que llevaba no vido bien los pasos, puso el pié en vacío y cayó, y de la triste caída sus mas escondidos sesos quedaron repartidos por las piedras y paredes. Cortaron las hadas sus hilos; cortáronle sin confesion su vida; cortaron mi esperanza, cortaron mi gloria, cortaron mi compañía. Pues ¿qué crueldad seria, padre mio, muriendo él despeñado, que viviese yo penada? Su muerte convida á la mia: convidame, y es fuerza (5) que sea presto sin dilación: muéstrame que he de (6) ser despeñada por seguille en todo. No digan por mí: á muertos y á idos. Y así contentarle he en la muerte, pues no tuve tiempo en la vida. ¡Oh mi amor y señor Calisto! Espérame, ya voy; detente, si me esperas: no me incuses la tardanza que hago, dando esta última cuenta á mi viejo padre, pues le debo mucho mas. ¡Oh padre mio, muy amado! Ruégote, si amor en esta pasada y penosa vida (7) me has tenido, que sean juntas nuestras sepulturas; juntas nos hagamos nuestras obsequias. Algunas consolatorias palabras te diría antes de mi agradable fin, colegidas y sacadas de aquellos antiguos libros, que por aclarar mas mi ingenio me mandabas leer; sino que ya la dañada memoria con la gran turbación me las ha perdido, y aun porque veo tus lágrimas mal sufridas descender por tu arrugada faz. Salúdame á mi cara y amada madre: sepa de ti largamente la triste razon por que muero. ¡Gran placer llevo de no verla presente! Toma, padre viejo, los dones de tu vejez; que en largos dias (8) tristezas se sufren. Rescibe las arras de tu senetud antigua, rescibe allá tu amada hija. Gran dolor llevo de mí, mayor de ti, muy mayor de mi vieja madre. Dios quede contigo y con ella; á él ofrezco mi ánima: pon tú en cobro este cuerpo que allá baja.

(1) En.

(2) Son de.

(3) Por mi amor un caballero.

(4) Descubría á ella.

(5) Fuerza.

(6) Ha de.

(7) Has tenido.

(8) Largas tristezas.

ACTO VIGESIMO PRIMO.

ARGUMENTO.

Pleberio torna á su cámara con grandísimo llanto; preguntale Alisa, su mujer, la causa de tan súbito mal; cuéntale la muerte de su hija Melibea, mostrándole el cuerpo della todo hecho pedazos, y haciendo su llanto concluye.

ALISA, PLEBERIO.

ALISA.

Qué es esto, señor Pleberio? ¿Por qué son tus fuertes alaridos? Sin seso estaba (1) adormida del pesar que hube cuando oi decir que sentia dolor nuestra hija; agora oyendo tus gemidos y tus voces tan altas, tus quejas no acostumbradas, tu llanto y congoja de tanto sentimiento, en tal manera penetraron mis entrañas, en tal manera traspasaron mi corazón, así avivaron mis turbados sentidos, que ya el rescebido pesar alcancé de mí. Un dolor saca (2) á otro, un sentimiento otro. Dime las causas (3) de tus quejas. ¿Por qué maldices tu honrada vejez; por qué pides la muerte; por qué arrancas tus blancos cabellos; por qué hieres tu honrada cara? ¿Es algun mal de Melibea? Por Dios, que me lo digas, porque si ella pena, no quiero yo vivir.

PLEBERIO.

¡Ay, ay, amada mujer (4)! ¡Nuestro bien todo es perdido; no queramos mas vivir! Y porque el incogitado dolor te dé mas pena todo junto sin pensarlo (5); porque mas presto vayas al sepulcro; porque no llore yo solo la pérdida dolorida de entrambos, ve allí la que tú pariste y yo engendré, hecha pedazos. La causa supedella, y mas la he sabido por estenso desta su triste sirvienta (6); ayúdame á llorar nuestra allegada (7) postrimeria. ¡Oh gentes, que venís á mi dolor; oh amigos y señores, ayudadme á sentir mi pena! ¡Oh mi hija y mi bien todo! Crueldad seria que viva yo sobre ti. Mas dignos eran mis sesenta años de la sepultura que tus veinte. Turbóse el orden del morir con la tristeza que te aquejaba. ¡Oh mis canas, salidas para haber pesar! Mejor gozara de vosotros la tierra que de aquellos rubios cabellos que presentes veo. Fuertes dias me sobran para vivir; ¿quejarme he de la muerte? ¡Incurarle he su dilación? Cuanto tiempo me dejare solo después de ti, fálteme la vida, pues me faltó tu agradable compañía. ¡Oh mujer mia! Levántate de sobre ella, y si alguna vida te queda, gástala conmigo en tristes gemidos, en quebrantamiento y sospirar; y si por caso tu espíritu reposa con el suyo, si ya has dejado esta vida de dolor, ¿por qué quisiste que lo pasase (8) yo todo? En esto tenéis ventaja las hembras á los varones, que puede gran (9) dolor sacaros del mundo sin lo sentir, ó á lo menos perdeis el sentido, que es parte de descanso. ¡Oh duro corazón de padre! ¿Cómo no te quiebras de dolor, que ya quedas sin tu amada heredera? ¿Para quién edificó torres? ¿Para quién adquiri honras? ¿Para quién planté árboles? ¿Para quién fabriqué navios? ¡Oh tierra dura! ¿Cómo me sostienes?

(1) Yo.

(2) Sacó.

(3) La causa.

(4) Noble muger. Nuestro gozo el gozo, Plantino.

(5) Pensarla.

(6) Sirvienta.

(7) Llegada.

(8) Pase.

(9) Un gran.

¿Adónde hallará abrigo mi desconsolada vejez? ¡Oh fortuna variable, ministra y mayordomo de los temporales bienes! ¿Por qué no ejecutaste tu cruel ira, tus mudables ondas en aquello que á ti es sujeto? ¿Por qué no destruíste mi patrimonio? (1) ¿Por qué no asolaste mis grandes heredamientos? Dejárame aquella florida planta, en quien tú poder no tenías: diérasme, fortuna flutnosa, triste la mocedad con vejez alegre, no pervirtieras la orden. Mejor sufriera persecuciones de tus engaños en la recia y robusta edad, que no en la flaca postrimeria. ¡Oh vida de congojas llena, de miserias acompañada! ¡Oh mundo, mundo (2)! Muchos en tus calidades metieron la mano, diversas cosas por oídas de ti contaron; yo por triste experiencia lo contaré, como á quien las ventas y compras de tu engañosa feria no prósperamente sucedieron. Como aquel que mucho ha hasta agora callado tus falsas propiedades, por no encender con odio tu ira, porque no me secases sin tiempo esta flor, que este día echaste de tu poder. Pues agora sin temor, como quien no tiene que perder, como aquel á quien tu compañía es ya enojosa, caminaré como camina el pobre (3), que sin temor de los crueles salteadores va cantando en alta voz; yo pensaba en mi mas tierna edad que eras y eran tus hechos regidos por alguna orden: agora visto el pró y la contra de tus honanzas (4), me parecen un labirinto de errores, un desierto espantable, una morada de fieras, juego de hombres que andan en corro, laguna llena de cieno, región llena de espinas, monte alto, campo pedregoso, prado lleno de serpientes (5), fuente de cuidados, rio de lágrimas, mar de miserias, trabajo sin provecho, dulce ponzoña, vana esperanza, falsa alegría, verdadero dolor. Cébasnos, mundo falso, con el manjar de tus deleites, y al mejor sabor nos descubres el anzuelo; no lo podemos huir, que nos tiene ya cazadas las voluntades. Prometes mucho, nada cumples: échasnos de ti, porque no te podamos pedir que mantengas tus vanos prometimientos. Corremos por los prados de tus (6) vicios, muy descuidados, á rienda suelta; descúbrenos la celada, cuando ya no hay lugar de volver. Muchos te dejaron con temor de tu arrebatado dejar; bienaventurados se llamarán, cuando vean el galardón que á este triste viejo has dado en pago de tan largo servicio. Quiébranos el ojo y úntanos con consuelo el casco: haces mal á todos, porque ningún triste se halle solo en ninguna adversidad. Diciendo que es alivio á los miseros, como yo, tener compañeros en la pena; pues, desconsolado viejo, ¿qué solo estoy! Yo fui lastimado sin haber igual compañero de semejante dolor, aunque mas en mi fatigada memoria revuelvo presentes y pasados. Que si aquella severidad y paciencia de Paulo Emilio me viniera á consolar con pérdida de dos hijos muertos en siete dias, diciendo, que su

(1) ¿Por qué no quemaste mi morada?

(2) Muchos mucho de ti dijeron.

(3) Caminante pobre.

(4) Bienandanza.

(5) Huerto florido y sin fruto.

(6) Viciosos vicios.

animosidad obró, que consolase él al pueblo romano, y no el pueblo á él; no me satisface, que otros (1) le quedaban dados en adopción. ¿Qué compañía me ternán en mi dolor aquel Pericles, capitán ateniense, ni el fuerte Jénonon; pues sus pérdidas fueron de hijos ausentes de sus tierras? Ni fué mucho no mudar su frente y tenerla serena, y el otro responder al mensajero, que las tristes albricias de la muerte de su hijo le venia á pedir, que no rescibiese él pena, que él no sentía pesar; que todo esto bien diferente es á mi mal. Pues menos podrás decir, mundo lleno de males, que fuimos semejantes en pérdida aquel Anaxágoras y yo, que seamos iguales en sentir, y que responda yo, muerta mi amada hija, lo que él á su único hijo, que dijo: como yo fuese mortal, sabía que había de morir el que yo engendrara; porque Melibebea mató á sí misma de su voluntad ante mis ojos con su gran fatiga de amor, que le aquejaba. Al otro matáronle en muy lícita batalla. ¡Oh incomparable pérdida! ¡Oh lastimado viejo! Que cuanto mas busco consuelos, menos razon hallo para me consolar: que si el profeta rey David al hijo que enfermo lloraba, muerto no quiso llorar, diciendo, que era casi locura llorar lo irrecuperable, quedábanle otros muchos, con que soldase su llaga. Y yo no lloro triste á ella muerta; pero la causa desastrada de su morir. Agora perderé contigo, mi desdichada hija, los miedos y temores, que cada día me espavorescian; sola tu muerte es la que á mi me hace seguro de sospecha. ¿Qué haré, cuando entre en tu cámara y retraimiento, y la halle sola? ¿Qué haré de que no me respondas si te llamo? ¿Quién me podrá cubrir la gran falta que tú me haces? Ninguno perdió lo que yo el día de hoy, aunque algo conforme parezca á la fuerte animosidad de Lambas de Aurea, duque de los jinoveses, que á su hijo herido con sus brazos desde la nao echó en la mar; porque todas estas son muertes, que si roban la vida, es forzado de cumplir con la fama. Pero ¿quién forzó á mi hija á morir, sino la fuerte fuerza de amor? Pues, mundo halaguero, ¿qué remedio das á mi fatigada vejez? ¿Cómo me mandas quedar en tí, conociendo tus falsías, tus lazos, tus cadenas y redes, con que pescas nuestras flacas voluntades? Muerta mi hija (2), ¿quién acompañará mi desacompañada morada? ¿Quién terná en regalo mis años que caducan? ¡Oh amor, amor! ¿Que no pensé que tenias fuerza ni poder de matar á tus sujetos! Herida fué de tí mi juventud; por medio de tus brasas pasé: ¿cómo me faltaste (3), para me dar la paga de la huida en mi vejez? Bien pensé que de tus lazos me había librado, cuando los cuarenta años toqué; cuando fui contento con mi conyugal compañera; cuando me vi con el fruto que me cortaste el día de hoy. No pensé que tomabas en los hijos la venganza de los padres: ni sé si hieres con hier-

(1) Otros dos.

(2) ¿A dó me pones mi hija? ¿Quién...

(3) Soltaste.

ro, ni si quemas con fuego; sana dejas la ropa, y lastimas el corazón. Haces que feo amen, y hermoso les parezca. ¿Quién te dió tanto poder? ¿Quién te puso nombre que no te conviene? Si amor fueses, amarías á tus sirvientes; si los amases, no les darías pena; si alegres viviesen, no se malarian, como agora mi amada hija. Dime ¿en qué pararon tus sirvientes y sus ministros? ¿Y la falsa alcabueta Celestina? Murió á manos de los mas fieles compañeros que ella para su servicio emponzoñado jamás halló. Ellos murieron degollados, Calisto despeñado; mi triste hija quiso tomar la misma muerte por seguirle: todo esto causas; dulce nombre te dieron, amargos hechos haces. No das iguales galardones: iniqua es la ley, que á todos igual no es. Alegra tu sonido, entristece tu trato. Bienaventurados los que no conociste, ó de los que no te curaste. Dios te llamaron otros, no sé cómo qué error de su sentido traidos. Cata, que Dios mata (4) los que crió: tú matas los que te siguen. Enemigo de toda razon, á los que menos te sirven das mayores dones, hasta tenerlos metidos en tu congojosa danza. Enemigo de amigos, amigo de enemigos, ¿por qué te riges sin orden ni concierto? Ciego te pintan, pobre y mozo, pónete un arco en la mano, con que tires á tiento; mas ciegos son tus ministros, que jamás sirven ni ven el desabrido galardón que se saca de tu servicio. Tu fuego es de ardiente rayo, que jamás hace señal do llega. La leña que gasta tu llama son almas y vidas de humanas criaturas; las cuales son tantas, que de quien comenzar pueda, apenas me ocurre. No solo de cristianos, mas gentiles y judíos, y todo en pago de buenos servicios. ¿Qué (2) dirás de aquel Macias de nuestro tiempo, cómo acabó amando, de cuyo triste fin tú fuiste la causa? ¿Qué hizo por tí París? qué, Elena? qué hizo (3) Cliptemnestra? qué, Egisto? Todo el mundo lo sabe. Pues á Safo, Ariadna, á Leandro, ¿qué pago les diste? Hasta David y Salomon no quisiste dejar sin pena. Por tu amistad Sanson pagó lo que mereció, por creerse de quien tú le forzaste á darla fe; y otros muchos (4) callo, porque tengo barto que contar en mi mal. Del mundo me quejo, porque así (3) me crió; porque no me dando vida, no engendrara en él á Melibebea; no nacida no amara; no amando cesara mi queja y desconsolada postrimeria. ¡Oh mi compañera (6) buena, y mi hija despedazada! ¿Por qué no quisiste que estorbese tu muerte? ¿Por qué no tuviste (7) lástima de tu querida y amada madre? ¿Por qué te mostraste tan cruel con tu viejo padre? ¿Por qué me dejaste penado? ¿Por qué me dejaste triste y solo *in hac lacrimarum valle*?

(1) No mata.

(2) Me.

(3) Hipermestra.

(4) Qué.

(5) En sí.

(6) Compañera.

(7) Hubiese.

Concluye el autor aplicando la obra al propósito por que la acabó.

Pues aquí vemos cuán mal fenecieron Aquestos amantes, huigamos su danza. Amemos (1) aquel que espinas y lanza, Azotes y clavos su sangre vertieron Los falsos judíos su faz escupieron: Vinagre con hiel fué su potación, Porque nos lleve con el buen Ladrón, De dos que á sus sanctos lados pusieron.

No dudes ni hayas vergüenza, lector, Narrar lo lascivo que aquí se te muestra; Que siendo discreto verás, que es la muestra Por donde se vende la honesta labor. De nuestra vil masa con tal lamedor Consiente cosquillas de alto consejo, Con motes y trufas del tiempo mas viejo, Escritas á vueltas le ponen sabor.

Y así no me juzgues por eso liviano; Mas antes celoso de limpio vivir, Celoso de amar, temer y servir Al alto Señor y Dios soberano. Por ende, si vieres turbada mi mano, Turbias con claras mezclando razones, Deja las burlas, que es paja y granzones, Sacando muy limpio d'entrelas el grano.

ALONSO DE PROAZA,

el corrector de la impresion, al lector.

La arpa de Orfeo y dulce armonía Forzaba las piedras venir á su son; Abrió (2) los palacios del triste Pluton; Las rápidas aguas parar las hacia; Ni ave volaba, ni bruto pascia; Ella sentaba en los muros tebanos Las piedras, y traía (3) sin fuerza de manos, Segun la dulzura con que se (4) tañía.

Prosigue y aplica.

Pues mucho mas puede tu lengua hacer, Lector, con la obra que aquí te refiero, Que á un corazón mas duro que acero, Bien la leyendo harás liquescer; Harás al que ama, amar no querer; Harás no ser triste al triste penado; Al que es sin aviso harás avisado: Así que, no es tanto las piedras mover.

(1) A aquel.

(2) Abrir.

(3) Y troga.

(4) La.

Prosigue.

No debujó la cómica mano De Nevio ni Plauto, varones prudentes. Tan bien los engaños de falsos sirvientes Y malas mujeres, en metro romano. Cratino, y Menandro, y Magnes anciano Esta materia supieron apenas Pintar en estilo primero de Atenas, Como este poeta en su castellano.

Dice el modo que se ha de tener leyendo esta tragi-comedia.

Si amas, y quieres á mucha atención, Leyendo á Calisto, mover los oyentes, Cumple, que sepas hablar entre dientes, A veces con gozo, esperanza y pasión; A veces airado con gran turbación. Finge leyendo mil artes y modos, Pregunta y responde por boca de todos, Llorando y riyendo en tiempo y sazón.

Declara un secreto que el autor encubrió en los metros que puso al principio del libro.

No quiere mi pluma ni manda razon, Que quede la fama de aqueste gran hombre, Ni su digna gloria, ni su claro nombre Cubierto de olvido por nuestra ocasion. Por ende juntemos de cada renglon De sus once coplas la letra primera, Las cuales descubren por sabia manera Su nombre, su tierra, su clara nacion.

LAUS DEO.

Describe el tiempo en que la obra la primera vez se imprimió.

El carro de Febo después de haber dado Mil é quinientas dos vueltas en rueda, Ambos entonces los hijos de Leda A Febo en su casa tienen posentado, Cuando este muy dulce é breve tractado Después de revisto é bien corregido, Con gran vigilancia puntado é leído, Fué en Sevilla impresso é acabado.